

**PALABRAS DEL GANADOR DE LA DÉCIMA PRIMERA EDICIÓN DEL
PREMIO LIBERTADOR AL PENSAMIENTO CRÍTICO, HÉCTOR DÍAZ
POLANCO**

Sr. Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro Moros;
Sr. Ministro del Poder Popular para la Cultura, Freddy Nájuez;
Compañeros y amigos; señoras y señores:

I

A lo largo de tres lustros, el Premio Libertador al Pensamiento Crítico se ha consagrado como el máximo galardón latinoamericano que se otorga, según reza la convocatoria, “a la labor reflexiva de autores que han desarrollado una visión distinta a la mirada monolítica del pensamiento único”. Es mérito de la Revolución Bolivariana el haberlo concebido, lo que es comprensible, pues solo una revolución en marcha puede reconocer cabalmente el pensamiento innovador que brota en la región latinoamericana y en otras latitudes del mundo.

Basta revisar la lista de galardonados hasta hoy para comprobarlo: Franz Hinkelammert (Costa Rica), Bolívar Echeverría (Ecuador), Renán Vega (Colombia), Iván Mészáros (Hungría), Enrique Dussel (Argentina), Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero (España), Jorge Veraza (México), Atilio Borón (Argentina), Marta Harnecker (Chile) y Juan José Bautista Segales (Bolivia). Se trata de grandes pensadores de nuestro tiempo que, por ello mismo, se han comprometido con los procesos transformadores que atraviesan el mundo. Es un honor enorme unirme a esta pléyade de autores a los que admiro y aprecio. Espero ser merecedor de tal distinción.

Es un compromiso descomunal, pues el premio lleva el nombre del Libertador, Simón Bolívar, y fue creado a instancia de otro grande, que vive en todos nosotros: Hugo Chávez Frías. A principios del siglo, en una sala de este mismo recinto, un nutrido grupo de intelectuales y artistas de América Latina, Europa y Estados Unidos, escuchamos por primera vez al Comandante Chávez discurrir sobre los grandes problemas de nuestro tiempo y sobre sus innovadoras ideas para abordarlos. Lo recuerdo con emoción. Lo escuchamos primero con asombro y, a poco, maravillados por sus elaboraciones, como si se hubiera suspendido el tiempo. Esta experiencia, esta epifanía revolucionaria, me marcó para siempre (y creo poder afirmar que ocurrió lo mismo a casi todos los presentes). Aguijoneado por esa voluntad de conocer y transformar, desde aquel descubrimiento, muchos de nosotros hemos escrito nuestra obra. Es oportuno el momento para decirlo: Gracias, Comandante Chávez.

Quiero agradecer el trabajo cuidadoso y el reconocimiento a los distinguidos integrantes del jurado: a los venezolanos Mercedes (Chela) Vargas y Javier Biarreau, y a Fernando Buen Abad (México), Carlos Fernández Liria (España) y Verónica Grondona (Argentina). Asimismo, reconozco la labor certera de Carmen Bohórquez, el alma del Premio, y su equipo, que hacen posible que el certamen continúe exitosamente cada año.

II.

Nuestra obra arranca con una constatación: En vista del mal tratamiento de la diversidad y de la intolerancia reinante por doquier, por obra de oligarquías despiadadas, el siglo XX latinoamericano puede juzgarse como una centuria de la vergüenza. Frente a esto, se erige una gran meta que es, al mismo tiempo, proyecto y esperanza: que el siglo XXI sea el período en que la pluralidad logre establecerse firmemente como un valor entre nosotros, y sea recordado como el siglo de la tolerancia, la igualdad y la justicia.

En esta dirección enfilan sus esfuerzos incontables pueblos, grupos étnicos y comunidades de América Latina, en el marco de un renacimiento de las identidades — justamente cuando se esperaba que el llamado proceso de globalización tendría el efecto de asimilarlas y, eventualmente, de disolverlas— y de un fuerte protagonismo comunitario que seguramente impactará los actuales esquemas sociopolíticos. Pero los retos que habrá que encarar son muchos y difíciles.

Un duro obstáculo es que la tradición filosófica y política que desde hace dos siglos ha predominado a escala global (el liberalismo) insiste en que hay que sobreponer una postulada “humanidad esencial” (y por tanto universal) a las diversas formas en que se manifiesta lo sociocultural. Lo más notable es que sus adherentes lo hacen como si ya supiesen qué humanidad es ésa a la que no deben anteponerse las identidades. Y de allí nace la enorme soberbia de suponer que esa humanidad que defienden es, sin más, el punto a partir del cual debe medirse cualquier manifestación cultural o modo de vida.

El problema consiste en que quienes se arrogan el privilegio de definir *lo humano esencial* buscan darnos gato por liebre, al afirmar una forma *particular* de ver lo humano (la suya), como si fuese lo humano *universal*; y cómo, finalmente, esta supuesta universalidad arrastra preconcepciones fundadas en una visión del mundo, construida desde su particularidad amada, y una voluntad de poder que inmediatamente coloca en posiciones subordinadas a quienes no suscriben la idea de lo humano supuestamente colocada por encima de las culturas y las circunstancias históricas.

De allí procede toda la intolerancia que, a lo largo de los siglos, ha destrozado pueblos, destruido culturas enteras y sometido a una franja mayoritaria de la humanidad a la subordinación, la explotación y a todo género de exclusiones. Como intento mostrar en el libro, la práctica liberal (y más agudamente en su actual fase neoliberal) incluso cuando se empeñan en presentarla como “tolerante” no puede ocultar el insuperable carácter excluyente que le es propio. Las expresiones conservadoras de esta tradición, de la actual nueva derecha, no son pluralistas ni tolerantes y, por lo que se ve, jamás podrán serlo.

La obra convoca a rememorar las lecciones de auténtica diversidad, situaciones-metas a las que debemos volver una y otra vez, en la medida en que son prueba efectiva de que la convivencia respetuosa de creencias y modos de vida es humanamente posible. Uno de esos ejemplos del pasado—fundado en la manifestación religiosa entonces tan importante— procede de la península ibérica, sintetizado en el templo de Santa María Blanca de Toledo, que funcionaba los jueves como sinagoga, los viernes como mezquita y los domingos como iglesia católica.

Un eje de nuestro ensayo es el examen de las relaciones entre pluralidad sociocultural y la sociedad capitalista globalizada. Debato la idea de que la

globalización conduce a una especie de homogeneización cultural de las sociedades. Esta conjetura, tan repetida en los últimos lustros que alcanzó un falso viso de verdad incontestable, involucra dos planos fundamentales. *Primero*, que la globalización neoliberal conduciría gradualmente a la igualación de las condiciones socioeconómicas, en lo que corresponde a bienestar y prosperidad, entre los países empobrecidos y los llamados países centrales o “desarrollados”, lo que terminaría con las desigualdades internas y con las asimetrías entre naciones; y *segundo*, que la globalización capitalista impulsaría un sostenido proceso de uniformidad cultural, merced a la “hibridación” y otros procesos, lo que iría socavando la diversidad que ha caracterizado hasta ahora a las sociedades humanas. Ninguna de estas predicciones (o promesas) se ha cumplido. Las brechas entre los dos bloques de países no solo no se ha reducido, sino que se ha ensanchado, con toda su cauda de desigual e injusticias. Pero tampoco el régimen neoliberal ha provocado la uniformización (la célebre predicción de “macdonaldización” del mundo).

No es que el capital haya abandonado sus propósitos integradores. Ha fracasado en primer lugar por la tenaz resistencia de los pueblos. Pero, sostengo, el proceso es más complejo: el drama que estamos viviendo (lo que puede llamarse “la batalla de las identidades”) se está desarrollando en un nuevo terreno en que el capitalismo busca atacar en dos flancos: uno que procura la destrucción pura y simple de las comunidades que resisten a su lógica y a sus designios; mientras que merced al otro busca atraer, seducir y finalmente incorporar todas las entidades diferenciadas, todos los cuerpos identitarios, todas las prácticas culturalmente distintivas.

El primer movimiento corresponde a la inveterada naturaleza del capital: desarticular ferozmente todo lo que se le opone. No hay aquí novedad, aunque es importante desentrañar sus actuales procedimientos. La verdadera *innovación*, típica de la actual fase neoliberal y globalizadora se encuentra en la segunda. Se trata de lo que me he permitido denominar la fase *etnófaga* del capitalismo. Corresponde a una irrefrenable pulsación del capital: la conversión de todo lo humano en mercancía. Pero esta tendencia se está realizando ahora mediante procedimientos más eficaces que implican “valorizar” la diferencia, las identidades, como parte de la reproducción de todo el sistema. Incluso en las últimas décadas los aparatos del sistema se presentan como “favorables” a las identidades y a la diversidad cultural. Para ello han establecido nuevos fundamentos teórico-políticos, e incluso han creado una teoría: el “multiculturalismo” (de factura liberal, naturalmente) que comenzó a invadir nuestras academias desde hace lustros y a permear nuestras comunidades y pueblos.

El estudio de esta nueva estrategia de dominación y sometimiento que es la *etnofagia* me parece de la mayor importancia. Y conocer sus procedimientos, así como desarrollar los antidotos para contrarrestar sus efectos deletéreos, es una tarea del pensamiento crítico.

El efecto de estos movimientos globalizadores es doble: 1) destrucción implacable de comunidades, entendidas en sus diversas configuraciones y planos; y 2) impulso frenético de la *individualización* en todas partes, arrojando a los sujetos así individualizados en la vorágine mercantil. No es casual, sino precisamente parte de la estrategia etnófaga, que mientras más demolición de lo colectivo y más fragmentación se provoca, los aparatos del poder (incluyendo el mundo académico y sus “tanques pensantes”) muestren más fervor por la identidad.

Pero el ser humano, tal y como lo conocemos hasta hoy, no puede vivir sin comunidad e identidad. Es una demarcación antropológica. Por ello, asistimos a la creación —por parte de las fuerzas globalizadoras— de pseudo identidades (las llamadas “identificaciones”), fundadas en el espectáculo y los núcleos efímeros, que intentan compensar la falta de sentido de pertenencia creada por la destrucción identitaria que la misma globalización provoca. Tal proliferación de “identificaciones” globalizadas (nuevas religiones y agrupaciones pasajeras, por ejemplo) no son sino sustitutos o placebos de las identidades orgánicas (fundadas en colectividades sólidas, territoriales, históricas, etc.). Brotan en el cementerio de las comunidades.*

Y es en este sentido que podemos hablar del *jardín de la identidades*. La pertenencia, que otorga significado a la vida, resulta de la identidad que *fluye de la comunidad*. Si las formas de “identificación” globalizadas, sin *territorios*, efímeras y asociadas a lo vertiginoso del mercado, brotan en el cementerio de las comunidades, la *fuerza cohesiva de la identidad germina en el jardín de la comunidad*.

Si la comunidad funciona como el jardín de la identidad; si la identidad es vital como sustancia de lo colectivo, entonces resulta evidente que necesitamos *construir comunidad* como resorte fundamental no sólo para enfrentar el proyecto globalizador, sino además para sentar las bases mínimas de un proyecto emancipador para todos. He ahí el meollo de la cuestión. Pero hablamos de la *potencia emancipadora de la comunidad* y, por lo tanto, nos referimos a una comunidad innovadora. Debemos recuperar y defender la tradición, pero no de una manera conservadora.

III

Históricamente, la izquierda tuvo una relación problemática con la diversidad. Pero hoy comienza a enmendarse. Me parece que cada vez hay más claridad sobre estos puntos. Quiero ilustrarlo con un ejemplo. El presidente Nicolás Maduro se adelantó a plantearlo meridianamente el 23 de julio de 2013, en Caracas, en el acto de entrega de las propuestas de los movimientos sociales a los ministros de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). Reconoció entonces que la diversidad “es un concepto que está muy actualizado últimamente”; que “está viva y activa”. En verdad, dijo,

“siempre hemos sido diversos [...]. La diversidad cultural la celebramos y la aplaudimos: la diversidad de los pueblos afroamericanos, de los pueblos aborígenes, nuestros pueblos indios, de los pueblos euro descendientes, de los pueblos mestizos [...] También ahora el debate sobre la diversidad sexual recorre el mundo entero y forma parte ya de la cultura civilizatoria de la humanidad que está en desarrollo”.

A continuación, el mandatario relacionó la diversidad con “la *democratización política*” latinoamericana y caribeña, a raíz de las nuevas corrientes que impulsan los cambios en el subcontinente, en los albores del nuevo milenio:

“Ese empuje nos llevó a acumular un conjunto de fuerzas que hicieron posible la creación de esta unión en la diversidad. Y toda esta reflexión yo la hago porque es necesario... para sumar nuestra conciencia política e irse formando los conceptos más profundos de la democracia”.

La diversidad, agregó, puede aportar a la unidad: “Ahora para que la unión se mantenga, para que la cooperación se mantenga, para que podamos marchar juntos, tenemos que respetarnos nuestros criterios, tenemos que conversarlos. Y es uno de los aportes de esta reunión” de la CELAC. El presidente Maduro evaluó el cónclave como “una reunión profundamente democrática” fundada en el “respeto más absoluto”. Así, convergen distintas “ópticas que aportan en la diversidad para avanzar conjuntamente”, siempre bajo el principio de respeto:

“Nadie puede inmiscuirse en los asuntos de nadie, nadie puede pretender regir los destinos de nadie. Es un gran valor de la democracia latinoamericana y caribeña y un gran legado de la CELAC: el respeto a la soberanía, a la autodeterminación de cada país, y la unión en la diversidad. Y eso hay que cuidarlo, profundamente. Entre nosotros tenemos que cuidarlo, porque tenemos que construir una poderosa comunidad”.

Después de que las posibilidades de integración habían sido truncadas durante los siglos XIX y XX, “cuando se impuso la intriga, la traición y la división”, aquéllas vuelven a recuperarse al inicio del siglo XXI. “Las condiciones fueron juntándose, las políticas en primer lugar”, para dar lugar a una “nueva conciencia unionista, nustramericana, una nueva conciencia de la necesidad de una nueva independencia, en un contexto de diversidad política que tenemos nosotros en primer lugar que saludar”.

Y ese escenario propicio, explica el presidente Maduro, hizo posible que *“diversas visiones desde los gobiernos del continente se pusieran de acuerdo, en un proceso de acercamiento, para que el 2 y 3 de julio del año 2011, bajo la presidencia de nuestro querido presidente eterno Hugo Chávez, naciera en Caracas, fuera parida en Caracas, de la mano de la diversidad política y cultural de toda América Latina y el Caribe, esta Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños. Hija de la diversidad, hija del deseo de unión. Tenemos que entenderlo. Es muy importante para la cultura política de nuestros pueblos. Es muy importante para la cultura política de nuestras fuerzas sociales de diversos signos. Es muy importante para los valores y la cultura política de los movimientos, partidos y fuerzas políticas de todo el continente”.*

Gracias, compañero Maduro por esas elaboraciones fecundas e inspiradoras. ¡Vaya, qué calidad de “presidente obrero” tienen los venezolanos!

IV.

En suma, es cada vez más manifiesto que constituye un error el emparejamiento de la desigualdad con la diversidad. La izquierda debe luchar contra las desigualdades y, al mismo tiempo, defender los derechos asociados con las diferencias socioculturales. *La uniformidad cultural es un proyecto conservador. En cambio, la igualdad y la diversidad son pilares del proyecto emancipador, y fundamento de nuestro concepto de la justicia. En resumidas cuentas, la diversidad es hoy parte insoslayable del proyecto socialista. A vigorizar esta perspectiva pluralista está consagrado este libro.*

Larga vida al proceso de transformación pluralista que recorre Nuestramérica.

Larga vida a la experiencia, pionera latinoamericana, del nuevo ciclo de unidad en la diversidad que es esta Revolución Bolivariana.

Muchas gracias.